

rio? ¿No juntaréis vuestros esfuerzos y talentos para contener el daño que tanto cunde, y para combatir esa funestísima preocupación de que todos quieren ser sabios en todo? ¿No inflamaréis vuestro piadoso celo para reanimar en el corazón de todos, particularmente de esa amable juventud que ahora se educa á vuestra sombra, el amor, el sagrado amor, el amor santo de la religion, de la virtud y de la patria? Doctores! vosotros debéis además contener la relajación de costumbres, causa de la impiedad y deserción de los pueblos, originada en gran parte de la connivencia de los falsos maestros, y del insufrible rigor de los que son tiranos de las conciencias (1). ¿Qué cosa tan monstruosa fuera ver el siglo de Tiberio en el reinado de Tito? Pues los mismos vicios que han derrocado los más poderosos imperios, han de producir iguales desastrosos efectos en todos tiempos. ¡Oh sabios! ¡sal de la tierra, luz del mundo, ciudadelas de refugio, astros luminosos y benéficos! Así os llama Jesucristo: y sabéis muy bien que la sencillez, que la humildad, que la pureza y la ardiente piedad fué siempre el distintivo mejor de los mayores ingenios, y el carácter noble de los hombres más grandes. Como estos héroes de la virtud y de la ciencia hermanadas, sed, sí, águilas que en vuestros discursos tomeis un vuelo rápido y sublime hasta el seno de Dios; mas para poseerlo, colocad vuestra principal gloria en imitar en vuestra fe y conducta la sencillez de la paloma. Así sereis de todas maneras dichosos y bienhadados; así contribuiréis á la felicidad y gloria de la religion y del estado, y así llegaréis á acompañarme en esta inmortalidad inmarcesible que me merecieron mis trabajos literarios y mis heroicas virtudes; la cual pido y deseo para los fieles imitadores de mi vida, y discípulos verdaderos de mi doctrina *sana, segura, limpia, sublime é incorruptible.* » Amen.

(1) Reflexión que hace el Ilmo. Bossuet contra estas dos clases de malos doctores en la oración fúnebre de Nicolas Cornet, t. 8 de sus obras, p. 364 y siguiente.

SERMON

DE SANTO TOMAS DE CANTORBERI.

(DE FLECHIER.)

Usque ad mortem certa pro justitia, et Deus expugnavit pro te inimicos tuos.

Combate hasta la muerte por la justicia, y Dios vencerá por tí á tus enemigos.

Eclesiástico, c. 4. v. 33.

Qué difícil es, señores, alabar á los santos que se han elevado por la gracia de Jesucristo, no solamente sobre las fuerzas de la naturaleza, sino también sobre el uso de las virtudes comunes! El siglo no puede sufrir la condenación de sus flaquezas y debilidades; y juzgando del Espíritu de Dios por la prudencia de la carne, halla no se qué exceso en todo lo que le sobrepuja y aventaja, y no gusta de que otros hayan hecho lo que él no se siente capaz de hacer por sí mismo. Ora sea esto ceguedad, ora sea orgullo, es manifiesta verdad que cada uno en lugar de ponerse en el estado del santo, quiere poner al santo en el suyo; y encargado un predicador de hacer un panegírico, se ve muchas veces reducido á hacer una apología.

Esto es lo que me hace temer en este día al haber de hacer el elogio de santo Tomas, cuyo intrépido valor y cuya inviolable fidelidad por los intereses de Jesucristo y de su iglesia tan altamente condenan nuestras relajaciones, nuestras infidelidades y nuestras flaquezas. Cuánto motivo tengo para sospechar que un celo tan ardiente os parezca, ó increíble, ó demasiado duro é inflexible! Por una parte vereis las iras de un rey colérico, el rigor del destierro, la violencia de las persecuciones,

y el abandono de todo el mundo; por otra parte una constancia sin aspereza, un valor sin orgullo, una paciencia sin vileza, y una sumision sin cobardía en un obispo oprimido. No obstante no creais, señores, que yo quiera elevar al santo á costa del rey; y que para aumentar la gloria del mártir ofenda la dignidad del perseguidor. Será preciso gobernarme por un justo medio para tratar los respetos que debo tener por la majestad real, y por la justicia que se le debe á la santidad. Al santo le llamaré mártir sin llamar tirano al rey; y dando el respeto y veneracion que son debidos á las potestades, daré el testimonio que debo á la verdad, haciéndoos ver sobre las palabras de mi tema: 1º á santo Tomas, que combate por la justicia: 2º á santo Tomas que muere por la justicia, y triunfa de sus enemigos despues de su muerte.

Estas serán las dos partes del elogio del santo. Quiera el cielo que nosotros saquemos de ellas importantes instrucciones para nuestra salvacion, asistidos de los auxilios del Espíritu de Dios por la intercesion de la santísima Virgen, á quien diremos con el ángel: *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Para haceros conocer el carácter de santo Tomas, ¿os diré acaso, señores, en primer lugar que nació en un país donde las frecuentes revoluciones han hecho ver grandes vicios y grandes virtudes? ¿Donde oprimida continuamente la religion, ha tenido necesidad de grandes defensores? ¿Y donde los reyes, aun en medio de la misma paz de la iglesia, han hecho algunas veces sus mártires? ¿Os diré despues que habiendo nacido de padres sabios y piadosos, fué formado en la virtud por los consejos y con los ejemplos de un arzobispo de Cantorberi, cuya sabiduría y piedad tanto ha alabado san Bernardo? ¿Y que una santa educacion sostuvo en él un feliz y noble nacimiento? Habíale dado Dios sobre todo un espíritu recto, equitativo, justo, enemigo de la simulacion y del engaño, y lleno de fortaleza, de verdad y celo de la justicia.

Y así, ¿es preciso llevar á los piés del soberano pontífice las quejas de la iglesia de Inglaterra contra el obispo de Vinchester, hermano del rey, quien por su calidad de príncipe de la sangre, y por la de legado de la santa sede, vano y altivo con

la gloria que le daba su nacimiento y con el poder que habia recibido del sumo pontífice, impuso á las iglesias de aquel reino nuevas é inusitadas servidumbres; y formando de aquella mezcla de poder espiritual y secular una dominacion tiránica, oprimia los prelados é insultaba á su arzobispo? Pues Tomas reprende su arrogancia, y hace que se revoque su legacia. ¿Es necesario contener los desórdenes de una corte ambiciosa y cruel? Pues Tomas viene á ser el protector de la inocencia perseguida, y se levanta contra la opresion y la violencia; mas celoso de la observancia de las leyes (no siendo mas que un particular) que los mismos magistrados que las forman y las mantienen; y mas celoso por la disciplina de la iglesia, aunque lego, que los mismos eclesiásticos que la profesan. ¿Conviene sostener los derechos de la dignidad real, y oponerse á la injusta pretension de Estéban, que contra todas las leyes del estado y de la razon quiere privar de la sucesion al legítimo heredero de la corona de Inglaterra? Pues Tomas conduce á su príncipe por la mano hasta ponerle sobre su trono, y permite Dios que trabaje en adquirirse por dueño y señor al mismo que algun dia habia de ser su perseguidor.

Ya sabeis, señores, que es de Enrique II de quien hablo. Era este un príncipe bien formado, hábil, valeroso, político, pero injusto en sus empresas; impaciente en sus deseos, furioso en sus iras, reduciéndolo todo á su interes, ó á su grandeza; juntando el artificio al atrevimiento y osadía, y encubriendo el mal que hacia con buenas apariencias; caminando á sus fines por medios injustos; introduciendo así en el estado como en la iglesia un nuevo gobierno, y no conociendo las leyes ni del uno ni del otro, sino en cuanto podian servir á su avaricia ó á su venganza; sujetándolo todo á sus gustos, y haciendo ver en toda su conducta, de cuántos desvaríos es capaz una alma fiera y violenta á quien agitan las pasiones, á quien engañan los malos consejos, y á quien los mismos bienes irritan.

La reputacion de la bondad de Tomas y el deseo de ganarle con sus favores, obligaron al principio á este rey á darle señales de su confianza y de su estimacion. Para autorizar por medio de una eleccion universalmente aprobada los principios de su reinado, para obligar por el reconocimiento de sus beneficios un espíritu naturalmente indignado contra la injusticia, y para contener, ó para atraer por este ejemplo de sumision á los que

se podian atrever á oponerse á sus designios, le colmó de honores y de bienes; y creyendo poder hacerle injusto, emprendió hacerle grande. ¡Oh y lo que son las astucias y los rodeos de una política mundana, y hasta dónde llega la prudencia de los hijos del siglo!

Elevado Tomas casi á pesar suyo á la dignidad de canciller de Inglaterra, sirve al rey con sus consejos y con sus bienes. Pone todo su esfuerzo en esparcir por todo el reino un espíritu de justicia y de verdad; su casa es un asilo siempre abierto á la inocencia; los pobres hallan en ella la asistencia en sus necesidades; los débiles la proteccion contra los poderosos. Una piedad formada á prueba de todas las tentaciones del siglo, una prudencia capaz de manejar los mayores negocios, una firmeza ilustrada é inflexible le adquieren crédito y reputacion en la corte, le hacen admirar en los consejos, y le atraen las bendiciones del pueblo. Encargado por el rey de la educacion de su hijo, instruye á este príncipe jóven como quien debia servir de ley y de modelo á sus vasallos. Inspírale sentimientos dignos de su clase, imprímele en su espíritu la idea de una santa gloria, y le hace concebir que su verdadera grandeza consiste en servir á Dios y en temerle; propónele el ejemplo de sus predecesores, y le enseña á respetar la autoridad de la iglesia, á administrar justicia á sus pueblos, y á no olvidar jamas que si es el Señor de sus vasallos, tambien es vasallo de un Rey mas grande, y siervo de otro mas grande Señor.

¿Pues qué restaba que hacer para gloria de este santo hombre, sino elevarle á las dignidades de la iglesia, á fin de que sostuviese en ella sus intereses? El rey, ó por mejor decir, Dios es quien le llama á ellas. Ninguna cosa hay tan santa, ni tan grande en el orden del cristianismo como el oficio de los obispos y de los pastores evangélicos que el Espíritu santo ha establecido para gobernar su iglesia, para ser los ministros del Nuevo Testamento y de la reconciliacion de los hombres, los dispensadores de los sagrados misterios, y las luces que deben iluminar é inflamar al mundo. Son llamados á ser perfectos y á perfeccionar á los otros. No solamente los separa Dios de los pecadores, sino que tambien los saca del orden comun de los fieles para que sean santos, y para que trabajen en la santificacion de los pueblos, para que sean de Dios y le ofrezcan las almas que su providencia les ha encomendado.

Pero aunque la gracia del obispado sea siempre igual, no obstante se puede decir que obra con mas abundancia en el alma de aquellos á quienes Dios destina para defender la verdad, ó para mantener la disciplina de las costumbres en las mas difíciles y peligrosas ocasiones. Entónces es menester que el espíritu esté tan ilustrado de la luz divina, el corazon tan desprendido de los afectos humanos, el ánimo tan firme para resistir á la iniquidad, el celo tan ardiente para oponerse á las relajaciones, la caridad tan viva y tan eficaz, la templanza tan austera, la dulzura tan vigorosa, la severidad tan prudente y justa, y toda la vida tan pura y tan irreprochable, que parezca que Jesucristo los ha elegido para que sean las imágenes de su vida y los imitadores de su sacerdocio.

Y ved aquí, señores, que sin pensar en ello tengo hecha la pintura del santo á quien debo exponeros y presentaros delante de vuestros ojos, como un espejo de paciencia en las persecuciones, como un ejemplo de dulzura para con sus enemigos, como un modelo de virtudes episcopales, y como un glorioso mártir de la iglesia. ¿Pero y cuál fué el fundamento de esta perfeccion? La pureza de su vocacion en los empleos eclesiásticos. Porque no fué él quien eligió su ministerio, fué Dios quien le eligió para su ministro. Sus padres no le destinaron desde la cuna para las primeras dignidades de la iglesia por una ambicion del todo profana: su eleccion no fué un efecto de su ambicion, ni una recompensa de sus servicios, sino una señal manifiesta de su virtud conocida y una disposicion de la providencia de Dios, que quiso formar un defensor de su iglesia por la mano de un rey que no pensaba sino en oprimirla. ¿Y nos admirarémolos nosotros, si habiendo entrado por este camino en los ministerios de Jesucristo, y sin alguna de aquellas ideas y fines humanos que se mezclan ordinariamente aun en las cosas mas sagradas, recibió del cielo las gracias necesarias para santificarse en él?

Veamos pues las circunstancias de su eleccion. Apénas habia vacado la silla de Cantorberi, cuando por una especie de milagro, y por una inspiracion divina, todo el mundo pone los ojos en Tomas, canciller y ministro del rey de Inglaterra; todos le dan á porfía sus votos. ¡Qué honorífica es, señores, esta pública aprobacion de todas las gentes! ¡Y qué rara vez sucede que los pueblos quieran confiar sus almas y sus conciencias á

aquellos hombres ménos dedicados á la religion que á la política, y que deseen tener á los que gobiernan el Estado por sus obispos!

Declaróse el rey casi al mismo tiempo que el reino. Júntanse los obispos, y están prontos á seguir sus intenciones; todo conspira unánimemente á la elevacion de un hombre de Dios, y él solo se tiene por indigno del órden y dignidad á que todos los demas le destinan. Él reflexiona sobre sí mismo, y desconfía de sus fuerzas: él abraza las rodillas al rey para pedirle la gracia de que le dispense: él le demuestra con una santa osadía, que un obispo es un defensor intrépido de las libertades eclesiásticas; que exige y vuelve á pedir los bienes usurpados; que separa los derechos del santuario de los de la corona; y que haciendo valer la verdad y la justicia que Dios le ha puesto en las manos, da al César lo que es del César, pero tambien hace dar á Dios lo que es de Dios. Recompensad, almas interesadas, recompensad con contemplaciones y adulaciones estudiadas los testimonios de estimacion y de benevolencia del príncipe; que Tomas le corresponde con una santa y generosa libertad, que es el carácter de un alma fiel y sincera.

Pero lágrimas, súplicas, demostraciones, todo es inútil; la órden del rey ¿qué digo yo? la órden de la providencia de Dios se pone en ejecucion. Vése elevado contra su voluntad á la primera silla del reino, y pasa desde la magistratura del siglo á los mas santos ministerios de Jesucristo. No atiende á la dignidad, solo mira á las obligaciones. No le mueve el esplendor, asómbrale sí el peligro. Penetrado de un santo terror, se dice sin cesar á sí mismo: ¿tengo yo por ventura bastante conocimiento de las cosas santas para instruir á los pueblos que Dios pone á mi cuidado? ¿Tengo yo bastante prudencia para los espíritus inquietos, interesados é infieles? ¿Tengo yo bastante fortaleza para resistir á las tempestades que se preparan, sin abandonar el timon? ¿Estoy yo dispuesto á sufrir las calumnias, las injurias y la misma muerte? Contemplándose de esta manera, no como un hombre á quien elevan sobre los otros, sino como un hombre á quien exponian á la obstinacion de las pasiones humanas, y que no estaba puesto á la cabeza del clero sino para ser la primera víctima de los grandes, y del rey mismo, cuyas usurpaciones é injusticias no debia sufrir.

No fueron en vano sus conjeturas. Apenas entró en la iglesia,

cuando le fué preciso defenderla. No es su consagracion solo una ceremonia exterior hecha con pompa y magnificencia; es una uncion interior que le dispone á romper animosa y valerosamente contra la iniquidad, y á rescatar á la esposa de Jesucristo de la esclavitud y servidumbre que se la impone: le habrá de costar su quietud y su sangre, si quiere cumplir con su ministerio.

La gracia del cristianismo, segun san Pablo, inclina el corazon de todos los fieles á un espíritu de mortificacion, cuanto á los afectos y los intereses del mundo. *Quedaron estos sepultados con el hombre viejo en las saludables aguas del bautismo* (1). *Murieron por él*, (2) *y su vida debe estar oculta en Dios con Jesucristo*. Pero la gracia de la dignidad episcopal imprime esta muerte con mas eficacia en cuanto al uso, aun el mas lícito, de las criaturas. Es necesario que mueran aun á los mas permitidos placeres por medio de la continencia; á las riquezas, por la distribucion de sus rentas en los pobres á quienes pertenecen; á la vanidad, para conformarse con Jesucristo, que no ha buscado su propia gloria, sino la de su Padre. Estas son las disposiciones de los obispos en el tiempo de la quietud y de la paz de la iglesia; pero en el tiempo de la tribulacion, y bajo los reinados violentos, el sacerdocio es una disposicion próxima para el martirio. Él es una participacion de la mision de Jesucristo, que está fundada sobre la ejecucion de las voluntades de su Padre, y sobre la efusion de su propia sangre.

A mí me parece que cuando santo Tomas recibe esta gracia, el espíritu de Dios le da estas instrucciones: Vé ahí oprimida mi iglesia; rompe sus cadenas y ponla en libertad. Restablece con tu valor el órden de la disciplina que un príncipe ambicioso y colérico tiene casi destruída. Renuncia tus pasiones, pero resiste á las de los otros: y acuérdate que se pierde la gracia de Dios usando cobardemente del favor de los hombres.

No estuvo muy distante la ocasion. Fundado el rey sobre costumbres, ó pretendidas, ó mal introducidas, emprende con escándalo hacerse dueño absoluto de la iglesia de su reino; elige prelados poco hábiles, para aprovecharse de su ignorancia ó de su cobardía. Deja vacantes los obispados, para aumentar su erario con las rentas caídas de estas iglesias abandona-

(1) *Rom. c. 6. v. 4. et Colos. c. 2. v. 12.* (2) *Colos. c. 3. v. 3.*

das, y para convertir en el uso de sus placeres y de sus pasiones la sustancia de los pobres y el patrimonio de Jesucristo. Impide á los sacerdotes y á los obispos que cumplan y ejerzan libremente sus funciones. Quiere abolir los tribunales eclesiásticos; y reduciéndolo todo á sus derechos ó á sus intereses particulares, llevárselo todo por autoridad, por usurpacion, por artificio y por violencia. Espera que Tomas, ministro de estado y de la iglesia á un mismo tiempo, halle medios y ajustes para sujetar al clero; que será mas canciller que obispo; que por su autoridad eclesiástica fortificará y defenderá la secular, y que en lugar de hacer servir su crédito y reputacion á la piedad, se servirá de su piedad para autorizar su reputacion.

Pero engañase á sí mismo, señores. El arzobispo luego hace dimision de su empleo, y se declara contra la usurpacion; cree muy bien que no puede servir á dos señores. Ya no es tiempo de llevar mas á los pueblos la voz y palabra del rey; llévala sí al mismo rey de parte de Jesucristo, y niega á los negocios del mundo un corazon que no se podia dividir. De aquí provienen la tibieza, las quejas, el odio del rey contra el santo, y la ambicion de establecer sus leyes á pesar suyo, y contra su misma voluntad. Júntase el odio de los grandes al del príncipe, ó por el amor y empeño á los mismos intereses, ó por una falsa complacencia. Ved aquí el origen de los destierros, de las persecuciones, y de los ultrajes. Ved aquí lo que abraza el reino, y ved aquí lo que forma un mártir.

El respeto, la discrecion y el reconocimiento contienen por algun tiempo el celo del santo. Tiene que defender la justicia; pero teme afligir á un príncipe á quien estima: si abandona la iglesia, es cobarde; si resiste á su bienhechor, se reprende de ingrato. No puede olvidar sus beneficios, ni disimular sus obligaciones. Sabe el reconocimiento que debe al rey, pero conoce la fidelidad que debe á Dios. Quisiera poder salvar su virtud de las sospechas de la ingratitud; y le pesa de no haber dicho á este príncipe lo que en otro tiempo decia Abrahan al rey de Sodomá: *Yo nada recibiré de vuestros presentes, no sea que digais: Yo soy quien enriqueció á Abrahan* (1), por no verse obligado por consideraciones de honor á condescender con sus gustos. Pero conserva firme su corazon contra todas estas suertes de

(1) *Genes. c. 14. v. 23.*

respetos y razones de Estado. Honra la grandeza del príncipe; pero se opone á su injusticia. Considera las gracias que ha recibido de él, como señales de bondad en su principio; pero como lazos armados á su conciencia en los fines; y el respeto no debilita ni acobarda en él el valor. Hay una magnanimidad cristiana, que elevándose sobre los temores y las complacencias humanas, despues de haber dado á las potestades de la tierra lo que les es debido segun las reglas de la Escritura, reconoce al mismo tiempo que no hay otro señor como Dios, ni mayor gloria que servirle y agradarle.

De este modo se gobierna santo Tomas. Los favores que el rey le habia hecho ablandaron su corazon, pero no doblaron su constancia. La piedad no dió lugar á la ambicion; renunció aquellos empleos que podian aficionarle al siglo; y no reservándose mas que el honor de ministro de Jesucristo, consideró el obispado como un título verdadero que le obligaba á la defensa de la justicia. Las instancias y solicitudes de sus amigos, las lágrimas de sus parientes, los consejos de los prudentes del siglo, y aun de los buenos, las consideraciones de la paz, el temor de suscitar turbaciones que seria difícil apaciguar, le inclinan algunas veces á ablandarse; pero luego condena su flaqueza y cobardía: y sin tener respeto á lo que la carne y la sangre le sugieren, sigue lo que le inspira el Espíritu de Dios.

Arrójase á los piés de su príncipe, y le hace presentes con mucho respeto sus obligaciones de religion. Los reyes, le dice unas veces, son los hijos de la iglesia, y tienen un derecho de proteccion para con ella, no un derecho de dominio y señorío sobre ella. No permita Dios que ellos toquen á los privilegios y á la independencia de los altares; que se atribuyan sobre los misterios de Jesucristo y sobre los derechos espirituales de su esposa una autoridad sacrilega; que cometan algun atentado sobre las leyes del reino del Hijo de Dios; y que preocupados de su propia grandeza se olviden y desconozcan á aquel que los ha hecho grandes. El Espíritu santo les advirtió, *que habian de caminar al resplandor de esta aurora* (1); y que su imperio floreceria por todas cuantas partes el sol registra desde su oriente á su ocaso; y que los sucesores de los que los persiguieron, se humillarían bajo sus leyes, bien léjos de imponerles nuevas servidumbres,

(1) *Isai. c. 60. v. 3.*